

Año 3
Número 3
verano 2016

Revista de Políticas Sociales

Pobreza, desigualdad y organización comunitaria

Javier Bráncoli

Docente de la
Licenciatura
en Trabajo Social
UNM

javierbrancoli@yahoo.com

Resultan innegables los avances significativos para reducir la situación de pobreza de la población en la última década en la República Argentina, fundamentalmente a partir del incremento del nivel de empleo e ingresos de la población económicamente activa, promovido por una política de estímulo y protección de la producción nacional y de la ampliación del sistema de seguridad social, en donde la Asignación Universal por Hijo (AUH) resulta una referencia ineludible de un nuevo paradigma de política social. Aún desde un lugar de reivindicación y reconocimiento de estas políticas públicas de carácter redistributivo, no podemos dejar de señalar que la medición de índices de precios al consumidor y de canastas de pobreza e indigencia a partir del año 2007 hizo perder credibilidad en las estadísticas oficiales y en la comunicación de políticas. La inexistencia de cifras ha repercutido negativamente sobre diferentes ámbitos políticos, académicos e institucionales.

Igualmente cierto es que, en cualquier contexto y circunstancia, no existen cifras unívocas sobre los niveles de pobreza, por dos motivos principales: por un lado, la complejidad y heterogeneidad de la pobreza hace que no estemos hablando de un fenómeno uniforme, sino que es posible reconocer un conjunto de situaciones diversas que pueden estar en el marco de lo que denominamos pobreza (pobres estructurales, nuevos pobres, “nueva” pobreza estructural, pobreza persistente); por otra parte, los parámetros e instrumentos utilizados son diferentes, pudiéndose reconocer distintos modos de medición (línea de pobreza, necesidades básicas insatisfechas, índice de desarrollo humano o de vulnerabilidad), cada uno de los cuales contiene también un sesgo y se vincula a enfoques teóricos, ideológicos y metodológicos diferentes. Es necesario superar la ecuación precios-salarios como única variable a considerar al momento de definir y medir la pobreza, por razones políticas y metodológicas.

Corresponde volver a situar la discusión sobre la pobreza, en sus diversas manifestaciones, como tema central de la agenda política y no reducir el tema a una cuestión estadística. En este sentido, es posible comprender el tema en su relación con la desigualdad.

En esta etapa la intervención del Estado ha estado centrada en universalizar la asistencia social monetizando las prestaciones. Ha sido sin duda un cambio en los modelos de intervención vigentes, tanto por sus alcances como por la noción de derecho involucrada. Sin embargo, se requiere complementar esos logros y profesionalizar las intervenciones en escenarios complejos donde la pobreza deja de ser un número y se expresa en biografías concretas.

Un debate sobre la pobreza requiere reconocer trayectorias –individuales y colectivas– que permitan ubicar cronológicamente dónde estábamos hace unos años y dónde estamos ahora. En estas trayectorias las expectativas de los sectores populares son más altas porque se reconocen avances respecto a situaciones anteriores. Reconocer estos logros, identificar las necesidades pendientes y profundizar las intervenciones son algunas de las cuestiones que se plantean como prioritarias para la sociedad en su conjunto en un proceso de transición política e institucional como el que nos encontramos transitando.

Acerca de la pobreza y la desigualdad

Es posible reconocer un cambio en la morfología y la composición de la pobreza en América Latina entre el proceso de sustitución de importaciones, urbanización e industrialización de mediados del siglo xx y la



actual sociedad del riesgo y la incertidumbre permanente (Beck, 1998). Hasta allí la pobreza era principalmente de origen rural y migratorio. Existían expectativas de superación basadas en el crecimiento de la ciudad, la expansión del empleo formal y las estrategias de ayuda mutua entre pobres. En la actualidad la pobreza es predominantemente urbana y se basa en el debilitamiento del vínculo entre *empleo y protección social del Estado*. La vulnerabilidad y la exclusión social aparecen como conceptos creados para explicar estas nuevas formas de la pobreza en donde predominan como rasgos principales: a) una *economía informal* que ha perdido capacidad para dar respuestas –aun transitorias y precarias– a los sectores más vulnerables de la sociedad; b) la pobreza se ve reforzada por la *localización geográfica* de amplios sectores sociales en periferias de ciudades cada vez más extensas, aisladas y densas; c) las diversas formas de organización comunitaria en contextos homogéneamente pobres resultan un soporte colectivo, pero también incrementan *desventajas individuales* para revertir posiciones desfavorables; d) las transformaciones en la familia dejan *unidades familiares más fragmentadas y débiles*, y si bien la reducción del número de miembros en los hogares alivia la “presión” de la pobreza, también reduce capacidades y oportunidades para garantizar el aprovisionamiento.

La teoría de la marginalidad (Germani, 1973) visualizaba la pobreza como la imposibilidad de participación de sectores sociales “atrasados” en los roles establecidos por la sociedad moderna: educación formal, trabajo asalariado y vida predominantemente urbana. Es decir, la

pobreza era consecuencia de la marginalidad por un incompleto proceso de modernización en las sociedades latinoamericanas. Sin embargo, los pobres garantizaban su subsistencia sobre la base de numerosos recursos sociales basados en el parentesco, la ayuda mutua y la organización comunitaria. Las teorías sobre el proceso de modernización, la marginalidad cultural (educativa) y las estrategias de supervivencia permitían representar a la pobreza como un fenómeno transitorio que se tendería a resolver en un proceso evolutivo lineal.

En la actual coyuntura, la pobreza aparece como una condición permanente e institucionalizada que, en el mejor de los casos, puede ser de “inclusión desfavorable” (Sen, 2000), cuando no de exclusión profunda. Extensión y heterogeneización de la pobreza son movimientos convergentes que dejan una serie de “niveles” de pobreza.

La exclusión social como categoría que comprende la dimensión relacional de la pobreza permite explicar de mejor modo las complejas y aceleradas transformaciones de ese “mundo popular” (Quijano, 2003). La “inclusión desfavorable” es una categoría subordinada de la exclusión y explica la dinámica que se establece entre los pobres y el conjunto de la sociedad, reforzada por políticas de asistencia estatal.

Según Rosanvallon (2000), la exclusión social es un proceso acumulativo de desventajas que ocurre a lo largo de la trayectoria biográfica, como resultado de cambios estructurales de carácter social, económico, demográfico y educativo.

La dimensión que expresa nuevamente la desigualdad es la condición de asistido del pobre. La estructura o forma de relación que adquieren los dispositivos de asistencia es la que define la condición de desigualdad, aunque pueda variar el contenido de dichos dispositivos, ya sea de acceso a la vivienda, salud, educación o empleo. La “ayuda” que reciben los pobres establece una relación de dependencia y aislamiento, sobre todo si esta ayuda es individualizada y debilita los lazos comunitarios.

Entendemos la desigualdad social como el acceso diferencial a los recursos de individuos y grupos sociales, considerando además otras dimensiones que hacen al bienestar de las personas: distribución y reconocimiento, que son aspectos centrales de la desigualdad (Lamont, 2014). La agudización de la desigualdad es contemporánea a la urbanización y la industrialización promovidas por el capitalismo y se expresa en dimensiones materiales y simbólicas que pueden ser abordadas desde una perspectiva relacional.¹ “La desigualdad persistente depende abundantemente de la institucionalización de pares categoriales” (Tilly, 2000: 22) que son contruidos a partir de modelos relacionales –interacciones, transacciones o vínculos– que sostienen la desigualdad y la tornan persistente. En consecuencia, no es posible identificar dimensiones de la desigualdad que se expresen al margen de otros aspectos relacionales. Por el contrario, resulta necesario concatenar las dimensiones identificadas con otras que resultan dependientes o derivadas de ellas.²

Si la desigualdad es la distribución desapareja de costos y beneficios dentro de una unidad social, es posible identificar aquellos bienes o servicios que están en disputa, considerando desde alimentos (bienes autónomos) hasta prestigio (bienes relativos). Las unidades sociales (grupos, países, regiones), los bienes que se ponen en juego y las diferencias entre los distintos sectores permiten construir un cálculo de la desigualdad y de las dimensiones que se consideran en consecuencia. Pero la desigualdad no es unidimensional, y por lo tanto la posición relativa –de ventaja o

desventaja– en una dimensión puede ser invertida en otra. Esta posibilidad permite plantear un horizonte de cambio social desde la posición de los grupos subordinados.

En respuesta a estas consideraciones nos proponemos identificar tres dimensiones que, entre otras, nos permiten describir y analizar la pobreza y la desigualdad en su complejidad, desde una perspectiva multidimensional y relacional. Estas son: a) el tipo e intensidad de *vínculos sociales* como soportes de la integración social; b) las *estructuras socioespaciales* urbanas y los procesos de segregación; y c) las *trayectorias educativas* que vinculan posiciones y oportunidades de movilidad social.

Los vínculos sociales como soportes materiales y relacionales

En los países pobres, las mejoras materiales resultan significativas para reducir indicadores sociales claves, tales como las tasas de analfabetismo o de mortalidad materna e infantil. Las privaciones o la prosperidad material son determinantes en los grados de salud o educación de una población, y pueden encontrarse relaciones directas entre el nivel de renta de una familia y el grado de educación alcanzado por los hijos, o bien con la tasa de mortalidad. Sin embargo, el acceso al consumo de bienes y servicios marca, a partir de cierto grado de satisfacción de necesidades básicas, diferencias intra e intergrupales que modifican el tipo e intensidad de las relaciones y vínculos sociales.

En la sociedad actual Wilkinson (2009) identifica la “vida comunitaria escasa o nula” como *padecimiento subjetivo*. Los lazos sociales³ aparecen atrofiados frente al desarrollo de la sociedad moderna, y el temor al *aislamiento* y la desvinculación sistémica lleva a la búsqueda de una vida comunitaria artificial (Bauman, 2003). El tipo e intensidad de vínculos sociales explica que sociedades prósperas materialmente pueden ser profundamente desiguales y “sonoros fracasos de integración social”.

1. La explotación (de recursos) y el acaparamiento (de oportunidades) favorecen la instalación de las desigualdades categoriales. La emulación y la adaptación generalizan su influencia (Tilly, 2000).

2. Por ejemplo: malnutrición infantil con bajo rendimiento escolar; bajo nivel educativo con inserción laboral precaria; o segregación residencial con deficiente acceso a servicios. Es decir, la situación desventajosa de los sujetos dentro de una dimensión provoca o refuerza la desventaja en otros aspectos de la misma configuración social desigual.

3. Ver en Ferdinand Tönnies, *Comunidad y Sociedad* (1887, edición de 1974): lazos primarios de amistad, vecindad y parentesco.

Los lazos sociales también se construyen sobre cimientos materiales, ya que el patrón de consumo marca diferencias intra e intergrupales que ponen en juego “el lugar que ocupamos en relación a los demás, dónde encajamos en la jerarquía social” (Wilkinson, 2009: 32).

La necesidad de diferenciación está en la base de comportamientos sociales defensivos, ya que la comparación social negativa corroe las formas (tradicionales) de integración social basadas en la proximidad física o social y define a “la vergüenza [como] el dolor por medio del cual nos socializamos” (Wilkinson, 2009: 60). El debilitamiento de la vida comunitaria (medio de conocimiento mutuo y afirmación de identidad) refuerza la exposición del individuo y la necesidad de ser reconocido. Múltiples y repetidas interacciones de los sujetos generan una “actuación” pública y una dinámica desgastante que estimula la competencia y torna más vulnerables a quienes están en una posición desfavorable. La desigualdad “debilita la vida comunitaria, reduce la confianza e incrementa la violencia” (Wilkinson, 2009: 65). Existe una correspondencia entre la ubicación en la jerarquía social y la incidencia de problemas sociales que afectan la convivencia social: la inseguridad urbana, la violencia doméstica, las adicciones, la ansiedad, la depresión o el suicidio están asociados a estas condiciones de desigualdad.

Saraví destaca la necesidad de analizar las especificidades en la relación entre individuo y sociedad en cada contexto local. Es necesario entonces, reconocer cuáles son los factores (multi) causales que inciden en el debilitamiento o fractura del lazo social. Por “el carácter multifiliatorio y parcial que caracterizó la integración social en el contexto latinoamericano, encontrar un factor único y originario de exclusión puede resultar una tarea infructuosa” (Saraví, 2007: 37).

La emergencia de una *nueva cuestión social* en donde los soportes multifiliatorios están en permanente transformación –también los familiares y comunitarios– configura una nueva pobreza estructural más desintegrada que la ya conocida. La exclusión social –entendida como la participación del individuo en la comunidad– es definida en términos de desventaja relativa.

Aislamiento y vergüenza son comportamientos sociales defensivos que expresan uno de los términos del par categorial indicador del proceso de desintegración social.

El espacio habitado y la estigmatización territorial

Bourdieu (1999) define el espacio habitado como una simbolización espontánea del espacio social. Las “estructuras socioespaciales” son resultado de desigualdades materiales, pero a su vez condicionan formas y contenidos de las relaciones sociales.⁴ La división social del espacio residencial tiene consecuencias directas sobre la sociabilidad urbana, en un gradiente que va desde el aislamiento social de determinados grupos sociales hasta formas de mayor interacción: relaciones de vecindad, emergencia y regulación de conflictos urbanos, o espacios públicos compartidos. En las sociedades latinoamericanas, la segregación⁵ y la autosegregación van definiendo un espacio urbano cada vez más segmentado que se corresponde con una sociedad cada vez más estratificada.

Para los sectores populares, esta tendencia se expresa en la *suburbanización* (periferia) y la *densificación* (áreas centrales). Si bien ambos fenómenos guardan características diferentes (*localización*), tienen en común que promueven unidades territoriales con un alto grado de aislamiento (*posición*) respecto a la ciudad y la sociedad. La segregación residencial contribuye a reforzar los circuitos de privación y la acumulación de desventajas (Bayón, 2012), y torna más rígidas y amplias las distancias sociales.

La dimensión territorial da cuenta de una *nueva pobreza estructural* en enclaves urbanos más grandes, degradados y aislados (Saraví, 2007; Wacquant, 2001) y de un proceso de “intensificación espacial” de la desigualdad basado en una creciente concentración y densificación (Bayón, 2008).

4. El orden socio-espacial da cuenta de la estructura social y “es su manifestación en la estructura del espacio habitado” (Duhau, 2013: 79).

5. Castells refiere al concepto de segregación urbana como una organización espacial caracterizada por homogeneidad interna, disparidad respecto a otras regiones y grupos sociales, y jerarquía entre ellas.

En estos contextos urbanos se construyen modos de convivencia social que “naturalizan” la polarización sobre la base de nítidas fronteras materiales y simbólicas que moldean subjetividades y construyen estigmas. Los componentes estructurales de la pobreza y la desigualdad se diluyen y se legitiman, enmascarados por el efecto de la naturalización (Bourdieu, 1999).

Ambas dimensiones (simbólicas y espaciales) son parte de la experiencia de privación, se expresan en trayectorias y percepciones de los sujetos, y exceden los aspectos materiales de la desigualdad. Los estigmas se construyen sobre la base de comportamientos sociales que son atribuidos al carácter moral y a la condición individual de los sujetos, velando factores estructurales urbanos. La descalificación espacial es la expresión territorializada de la descalificación social (Wacquant, 2001) y la estigmatización territorial genera privaciones específicas en la población, así como agrava otras ya existentes (Kessler, 2012).

Las trayectorias residenciales intraurbanas y la localización desfavorable (además de objetivas distancias físicas) se viven como un “estar fuera y lejos”, con una débil memoria de lugares mejores. La continuidad intergeneracional en el lugar de residencia permite afirmar identificaciones –culturales y sociales–, pero naturalizan desventajas por una “restringida estructura de oportunidades a nivel local” (Bayón, 2012: 156). Estos aglomerados urbanos de pobreza concentran capacidad de resistencia pero “en una zona de pobreza homogénea, pensar en el pobre como el otro ciertamente no contribuye a establecer lazos comunitarios” (Bayón, 2012: 161) y la vida en “comunidades homogéneamente pobres incrementa las desventajas individuales de la pobreza” (Roberts, 2007: 203).

En síntesis, desigualdades sociales y de clase no producen directamente procesos de *segregación residencial*, pero múltiples factores, específicamente urbanos, promueven y profundizan las desigualdades sociales preexistentes.



Trayectorias educativas y movilidad social

El clima educativo del hogar⁶ es un condicionante de las trayectorias educativas y escolares de niños y adolescentes, y una clave para comprender la permanencia, la continuidad y el logro de aprendizajes significativos. Puede promover o inhibir la inserción y la permanencia de niños y adolescentes en la escuela, y se expresa también en aspectos tales como el acompañamiento que realizan los adultos en el proceso de escolarización; las prácticas de cuidado y crianza; la estimulación temprana y permanente; la disponibilidad de material de estudio, lectura y juego; el tiempo y espacio para la realización de tareas escolares; y el acceso y motivación para otras ofertas culturales, deportivas y recreativas.

La escolaridad primaria incompleta de los padres o la desescolarización temprana de niños, niñas y adolescentes han sido considerados como indicadores de pobreza histórica o estructural. La educación es considerada una dimensión significativa entre los factores que inciden en la persistencia de la pobreza. La repetición del ciclo de abandono escolar –de padres a hijos– se plantea como situación que tiende a incidir en el ciclo de la pobreza como un condicionante social.

Según Saraví, la trayectoria biográfica constituye una dimensión temporal que incluye antecedentes, experiencias y expectativas. Los factores o situaciones de riesgo (contextuales) impactan en estas trayectorias (personales), acumulando desigualdades que tienden a enlazarse con otras previas. Se denominan desigualdades dinámicas, ya que implican trayectorias que se superponen a las desigualdades estructurales ya existentes.⁷ “La sociedad contemporánea hace de la experiencia biográfica un proceso particularmente incierto y vulnerable” (Saraví, 2007: 32) que se manifiesta, entre otros aspectos, en las expectativas puestas en la educación como medio de movilidad social.

La estructura de *oportunidades* que brindan el Estado, el mercado, la familia y la comunidad condiciona los cursos de vida y amplía o reduce las brechas sociales. El acceso a la educación forma parte de estas estructuras de oportunidades que son aprovechadas diferencialmente según el capital cultural y el *habitus*⁸ de los sujetos.

“La concentración en un mismo lugar de una población homogénea en la desposesión también tiene el efecto de redoblar esta última, particularmente en materia de cultura y práctica cultural” (Bourdieu, 1999: 124). Dubet (2011) plantea que es necesario promover la igualdad de *posiciones* (trabajo, familia y localización espacial) para que el acceso a la educación contribuya efectivamente a reducir desigualdades.

El endurecimiento de la estructura social y carácter endémico de la pobreza (Saraví, 2007) han construido subjetividades más pesimistas entre los pobres y una transferencia intergeneracional de la pobreza por desintegración familiar, trayectorias educativas de “baja intensidad” y una salud precaria que dificulta la continuidad pedagógica.

Como ya fue mencionado arriba, la teoría de la marginalidad abordó la pobreza como la no participación en los roles y los beneficios de la sociedad, por un incompleto proceso de modernización (Roberts, 2007). La “cultura de la pobreza” (término acuñado por Oscar Lewis) tornaba persistente el fenómeno y aislaba a los pobres o marginales de las instituciones de la modernidad. Desde esa perspectiva, la educación –formal o “popular”– se tornaba estratégica para impulsar procesos de adaptación a la modernidad por parte de sectores marginales. Hoy, la pobreza se presenta como una condición permanente e institucionalizada, una ciudadanía de segunda clase reforzada por la degradación de instituciones y procesos educativos que “aceleran” las desventajas y contribuyen a una profecía autocumplida por la transferencia intergeneracional. La exclusión social es un proceso acumulativo de desventajas, pero las distancias sociales que se observan en las trayectorias educativas también son resultado de desigualdades dinámicas que inciden en la persistencia y la profundización de desigualdades sociales.

6. Entendido como el promedio de años de estudio de las personas de 20 y más años de edad dentro del grupo familiar conviviente.

7. Según Saraví, se expresan dentro de un mismo segmento social, es decir que son intracategoriales.

8. Entendidos como “medios tácitamente exigidos” (Bourdieu, 1999: 123).

¿Cuáles son las relaciones que permiten explicar la emergencia y la vitalidad de formas comunitarias en contextos de pobreza urbana?

Paugam se propone estudiar la pobreza como un fenómeno de interdependencia entre la población “pobre” y el resto de la sociedad.⁹ La asistencia “legal” define el status del pobre por su condición de asistido (dependencia, pertenencia e inferioridad), regula la convivencia social y construye dispositivos institucionales específicos. Sin embargo, *los pobres* “no permanecen unidos por la interacción entre sus miembros, sino por la actitud colectiva que la sociedad como totalidad adopta” frente a ellos (Paugam, 2007: 51). Esta afirmación puede ponerse en tensión a partir de procesos vitales de organización comunitaria que inciden en su relación con las instituciones de asistencia, en particular en nuestro país y en América Latina.

La configuración de soportes familiares y comunitarios actúan como red y como filtro. Por un lado constituyen un refugio para sectores sociales desplazados en contextos de contracción de empleo, ingresos y protecciones públicas. Por otra parte, canalizan y orientan la asistencia estatal para la llegada de servicios, recursos y prestaciones a su territorio. “La relación social con la pobreza es, al mismo tiempo, un asunto familiar y una cuestión de Estado” (Paugam, 2007: 59). En esta doble relación es posible analizar los procesos de organización comunitaria en contextos de pobreza: la incidencia de estas organizaciones en la dinámica familiar y a la vez la asistencia estatal que se “baja” a través vínculos estrechos con la comunidad y las organizaciones.

En ese marco, es posible reconocer una multiplicidad y coexistencia de formas comunitarias que se interconectan con formas públicas de asistencia y regulan la convivencia social, constituyendo soportes multifamiliares (Saraví, 2007) que resultan complementarios. Las tradicionales formas de integración comunitaria habían garantizado un tratamiento local y familiar de la pobreza, pero el proceso de modernización deja pobres cada vez más aislados que requieren de las instituciones de asis-

tencia pública (Paugam, 2007). Roberts visualiza esta tendencia a una mayor individualización de la asistencia estatal con “el peligro de minar la capacidad colectiva de los pobres para hacer frente a su entorno” (Roberts, 2007: 208). En este sentido, la asistencia social monetarizada e individual prevaleciente en esta etapa ha favorecido protecciones efectivas y reconocimiento de derechos por parte de los destinatarios, pero también ha desvinculado la acción estatal de formas orgánicas e institucionales de acompañamiento en el territorio. Familias pobres reciben asistencia estatal (monetaria) pero acceden a dispositivos de acompañamiento (instituciones) que no se han modificado sustancialmente para brindar mejores servicios.¹⁰

Los dispositivos de intervención del Estado (pública), las formas de organización social (comunitaria) y la ayuda mutua (familiar) inciden en las trayectorias de los sujetos, configurando múltiples relaciones con la pobreza y definiendo diferentes segmentos sociales considerados pobres. Paugam construye una tipología en donde asocia *pobreza integrada* con la permanencia de soportes familiares y comunitarios. Coincide con el corte horizontal que plantea Hills (2002) en sus dimensiones de análisis, donde se vinculan estrategias de aprovisionamiento de familias pobres y redes comunitarias que brindan servicios sociales, condicionando su vida doméstica.¹¹ “Las redes con las que cuentan quienes pertenecen a los sectores más desfavorecidos –y sobre todo en áreas de pobreza homogénea– están básicamente constituidas por lazos fuertes, como familiares y amigos en similares condiciones de desventaja, que suelen ser poco efectivas para la obtención de ciertos recursos que van más allá de las necesidades inmediatas” (Bayón, 2012: 142). Esta homogeneidad favorece procesos organizativos sustentados en la reciprocidad y las relaciones de vecindad y parentesco. Sin embargo, las mismas condiciones delimitan una frontera que “encierra” a los sujetos y los aísla del conjunto social, reforzando procesos de estigmatización. Esta *pobreza integrada* tiende a una erosión de las propias redes familiares y comunitarias y reduce las posibilidades de “despegue”.

9. Retoma los aportes de Simmel y Tocqueville sobre la “condición de asistido” del pobre.

10. Esta situación puede observarse particularmente en la accesibilidad y la calidad de servicios educativos y de salud (Clemente, 2014).

11. Un ejemplo es la institucionalización de niños y niñas en barrios pobres, que brinda contención pero a su vez limita las posibilidades de integración y convivencia intrafamiliar: comedores, jardines comunitarios, hogares.

En el pasado reciente, la reducción de las políticas de bienestar y la ruptura de la sociedad salarial habían dejado a estas redes primarias como alternativa principal de las familias pobres. Se redujeron las expectativas de movilidad y se consolidó una situación de inclusión desfavorable. En el marco de las políticas de asistencia operó un conjunto de actores que tendieron a “invadir” la esfera doméstica de las familias pobres, estableciendo un conjunto de requisitos y condiciones que regulaban su vida cotidiana. Luego, los actores comunitarios adquirieron cada vez mayor relevancia en la ejecución de políticas de asistencia, por su conocimiento del territorio y su vínculo con las familias. El Estado encontró condiciones de complementariedad e “incrustamiento” (Roberts, 2007) que resultaron claves para la llegada a estos sectores y zonas, potenciando la sinergia de acciones.

La construcción de estas “interfaces” en la política social explica la posibilidad de adecuación de políticas estandarizadas en contextos singulares, a través de una dinámica multiactoral que comprenda a familias, organizaciones comunitarias e instituciones locales (escuelas y centros de salud) en una secuencia de conflicto, negociación, adecuación, institucionalización y nuevo conflicto.

En síntesis, son los propios dispositivos de asistencia estatal, las configuraciones socio-espaciales (aislamiento y homogeneidad) y la morfología y la dinámica de las familias pobres los factores que dan cuenta de los procesos de organización comunitaria, tanto para comprender su centralidad en la mitigación de privaciones y padecimientos, como para identificar el lugar que ocupan en la persistencia de la pobreza y la desigualdad.

Bibliografía Alianza.

Bauman, Zygmunt (2003): *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*. Madrid, Siglo XXI.

Bayón, María Cristina (2012): “El ‘lugar’ de los pobres. Espacio, representaciones sociales y estigmas en la ciudad de México”. En *Revista Mexicana de Sociología*, UNAM, volumen 74.

Beck, Ulrich (1998): *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona, Paidós.

Bourdieu, Pierre (1999): *La miseria del mundo*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Bráncoli, Javier (2012): “Del Argentinazo al Cristinazo. Pobreza urbana, políticas sociales y organizaciones comunitarias”. En revista institucional *Facultad de Ciencias Sociales UBA*, número 10.

Clemente, Adriana (2014): *Territorios Urbanos y pobreza persistente*. Buenos Aires, Espacio.

Dubet, François (2011): *Repensar la justicia social. Contra el mito de la igualdad de oportunidades*. Buenos Aires, Siglo XXI.

Duhau, Emilio (2013): *La división social del espacio metropolitano. Una propuesta de análisis*. Buenos Aires, Nueva Sociedad.

Germani, Gino (1973): *El concepto de marginalidad*. Buenos Aires, Nueva Visión.

Hills, John, Julien Le Grand y David Piachaud (2002): *Understanding Social Exclusion*. London, Oxford University Press.

Kessler, Gabriel (2012): “Las consecuencias de la estigmatización territorial. Reflexiones a partir de un caso particular”. En *Espacios en Blanco*, volumen 22, número 1, Tandil.

Lamont, Michèle (2014): “What is missing? Cultural processes and causal pathways to inequality”. En *Socio-Economic Review*, mwu011.

Paugam, Serge (2007): *Las formas elementales de la pobreza*. Madrid,

Quijano, Aníbal (2003): “Colonialidad del poder: eurocentrismo y América Latina”. En *La colonialidad del saber: eurocentrismo y Ciencias Sociales*. Buenos Aires, Clacso.

Roberts, Bryan (2007): “La estructuración de la pobreza”. En Gonzalo Saraví, *De la pobreza a la exclusión. Continuidades y rupturas de la cuestión social en América Latina*. Buenos Aires, Prometeo.

Saraví, Gonzalo (2007): “Nuevas realidades y nuevos enfoques: exclusión social en América Latina”. En *De la pobreza a la exclusión*, obra citada.

Tilly, Charles (2000): *La desigualdad persistente*. Buenos Aires, Manantial.

Tönnies, Ferdinand (1974): *Comunidad y sociedad*. Buenos Aires, Losada

Wacquant, Löic (2007): *Los condenados de la ciudad. Gueto, periferias y Estado*. Buenos Aires, Siglo XXI.

Wilkinson, Richard y Kate Pickett (2009): *Desigualdad. Un análisis de la (in)felicidad colectiva*. Madrid, Turner.